

¿ECONOMIA CON ETICA?

JOSE ALEGRE ARAGÜES

PROFESOR DEL CENTRO REGIONAL DE ESTUDIOS
TEOLOGICOS DE ARAGON (CRETA)

Mi dedicación a la enseñanza de la Teología Moral y a la Etica económica me enfrenta a menudo con la pregunta cargada de ironía ¿pero tienen algo que ver la Etica con la Economía?

La pregunta, en sí misma, es una respuesta.

En nuestra cultura de hoy se ha abierto paso, hasta llegar a hacerse opinión común, la convicción de una total falta de relación entre ambas.

Y sin embargo, algo que parece tan arraigado es un fenómeno reciente, por lo menos en sus planteamientos teóricos.

Siempre hubo personas cuya práctica económica estuvo al margen de la ética, pero estaban culturalmente mal consideradas y debían justificarse.

El poema de Quevedo sobre el poder de don dinero es una denuncia y una constatación sorprendida del uso y el poder que el dinero tiene. Pero no es una expresión sociológica y culturalmente asumida como lo es en nuestro tiempo ⁽¹⁾.

(1) Cfr. F. DE QUEVEDO, *Antología poética*, Espasa Calpe, Austral, Madrid 1962.

Para Quevedo, su poema es una crítica ácida y dura, como el autor; para nosotros es una evidencia cotidiana fatal o resignadamente aceptada como lógica.

Por muy raro que pueda parecer, el cambio cultural es muy reciente.

Aunque hubiera continuas infracciones y la praxis pueda ser calificada de hipócrita, nunca se entendió el mundo de los negocios al margen de los criterios éticos que regían la vida en común. ¿Por qué hoy sí?

Dos cuestiones hay latentes en la pregunta:

La primera es el origen histórico de la mentalidad actual.

La segunda se refiere a las consecuencias estructurales de nuestras concepciones ideológicas o religiosas.

Dicho de otro modo: 1º ¿Cómo se ha originado nuestra mentalidad?
2º ¿Tiene algo que ver el mundo de las ideas y el mundo de las convicciones religiosas con el mundo de la economía?

Ya la forma que he elegido para la segunda cuestión habla de mundos distintos, uno el de las ideas o del pensamiento filosófico, otro el de las convicciones religiosas y la reflexión teológica, otro el de la realidad dura, difícil y cotidiana, el de los problemas concretos, el de las luchas entre intereses distintos.

Es una de las características culturales de lo que llamamos modernidad: la especialización, es decir, la sectorialización de la vida, del mundo y del ser humano.

La aplicación del método analítico a todo objeto del saber y el uso de instrumentos cada vez más perfeccionados ha hecho que la cantidad de conocimientos actuales sobre cualquier cosa supere las posibilidades de una mente individual.

La investigación, también la gestión, se lleva adelante gracias a la colaboración de varias personas en estrecho contacto formando equipos que, a su vez, precisan de instrumentos muy complejos, como los ordenadores, para poder depositar en ellos los datos que la mente no es capaz de almacenar ni los archivos convencionales pueden ofrecer ya resultados prácticos y funcionales.

Cada uno, absorbido en su círculo profesional y en el estudio de sus temas específicos, terminamos ciñéndonos también a un mundo concreto y limitado sólo roto, esporádicamente, por los círculos de la amistad no profesional, por los ámbitos culturales de horizonte amplio o, también, por las comunidades religiosas cuando están abiertas a la pluralidad y la heterogeneidad entre sus miembros.

Todas las culturas han tenido un sentido unitario que les ayudará a explicar, comprender y articular toda la existencia en los distintos niveles de la realidad desde la comprensión del cosmos a la organización social y la integración de las personas con sus rasgos de individualidad en el conjunto.

El uso universal del mito como vehículo de expresión así lo atestigua. Quizá el más significativo por su extensión y por las secuelas que dejó en nuestra cultura occidental fuera el dualismo, que con variantes, aparece en latitudes distintas y reaparece cíclicamente en nuestra historia.

También la nuestra lo tuvo y esa función unitaria la realizó la teología a lo largo de muchos siglos para toda Europa, hasta el XVIII.

Las tradiciones religiosas judía y cristiana, cristalizadas en la Biblia, sin entrar en consideraciones técnicas de economía, habían despertado una sensibilidad social, especialmente en la tradición socialmente crítica de los profetas, denunciando las situaciones de desigualdad y distinguiendo la riqueza y poder de un país del sentido en que esa riqueza se distribuía entre sus miembros.

La identificación de Jesús de Nazaret con los pobres y la confesión de Dios como Padre significó la afirmación de la fraternidad universal como hecho que establecía la igualdad de todos los seres humanos y como tarea que invitaba a la tensión por conseguir, ya en la tierra, una sociedad en que eso se hiciera plena realidad, proyecto utópico que se denominó Reino de Dios y que está marcado por la tensión entre lo que ya creemos y lo que todavía esperamos alcanzar en la historia y después de ella.

Rasgos fundamentales de esta sociedad nueva serían la preocupación por los pobres y el compartir solidariamente con los necesitados.

El cristianismo asumió la responsabilidad de la construcción de esta sociedad en la ocasión que le ofreció la caída del antiguo orden social del imperio romano.

Su preocupación, durante siglos, fue construir un nuevo orden social en el desorden y caos que los nuevos pueblos introdujeron en Europa.

Para ello se sirvió del instrumento jurídico que había heredado de la mentalidad romana y del poder que le otorgaba ser culto en una sociedad de analfabetos y necesitada de burócratas que organizaran la administración civil y fiscal.

Pero la tarea de civilizar a estas gentes de costumbres violentas y su posterior identificación con el poder y la riqueza dificultaron la consecución de su objetivo.

Marcados por la mentalidad dualista de las sectas orientales rechazaron el interés por las cuestiones materiales simbolizadas, sobre todo, en el sexo y el dinero, lo cual retardó el resurgir de una economía de mercado y una economía financiera amenazada por el desprecio social y religioso hacia la usura.

El predominio del sentido ético les llevó a preocuparse por la justicia, el bien común, el concepto de precio justo, la solidaridad como caridad o asistencia a los necesitados y el permanente problema de la usura que denota su falta de visión de la economía como una realidad expansiva.

Tomás de Aquino reelaboró las teorías aristotélicas y estableció como criterio fundamental el bien común que debía servir de pauta lo mismo a nivel político que económico.

Construyó un sistema jurídico, el jusnaturalismo, que recuperaba la racionalidad frente al positivismo jurídico, más propicio éste a los intereses del poder, y preconizaba un sistema social de valores basado en la naturaleza humana más que en la voluntad utilitarista de los individuos.

Pero la realidad institucional pudo más e hizo posible la identificación de la Iglesia y el poder civil, ambos empeñados en defender el orden social que tanto trabajo y violencia les había costado.

Primero con el feudalismo y después con el absolutismo monárquico fueron vistos como un régimen anticuado que con sus trabas impedían un nuevo tipo de economía y de organización social.

Los deseos de libertad se extendían a todos los niveles y dimensiones de la vida y un fraile rompió el fuego en esta cadena de reivindicaciones proclamando la libertad de conciencia y dando origen a un tipo de religiosidad calvinista y puritana que Max Weber reconoce como el nacimiento de un espíritu

trabajador, eficaz e inversor que haría posible la formación de una manera de ser propicia para el capitalismo ⁽²⁾.

Lo que Lutero hizo a nivel religioso lo continuó Kant a nivel ético, la Ilustración en lo referente a la razón, Galileo y Darwin por la ciencia, la Revolución Burguesa en la política y el liberalismo en economía.

Frente a un antiguo orden que daba sentido a todo y donde todo debía estar al servicio del orden global político, social, religioso y económico, rígidamente legalizado y controlado, lleno de trabas, obstáculos, permisos, impuestos, para conservar el status de la nobleza y el alto clero. Ahora un nuevo orden de libertad, de autonomía, independencia, sin trabas ni controles políticos, religiosos o éticos ⁽³⁾.

Pero, identificada con sus contemporáneos, abierta a las necesidades de su tiempo y más sensible a los problemas pastorales concretos que a las nuevas cuestiones que iban apareciendo en los círculos intelectuales, científicos y comerciales de los siglos XVII y XVIII, la teología se obsesionó, como la gran mayoría de los hombres medievales, con la experiencia cotidiana de la enfermedad, el hambre y la muerte que les hicieron asumir la vida como fugaz y frágil ⁽⁴⁾.

Queriendo ofrecer un sentido unitario de la vida y una esperanza bien concreta ante la muerte, se centró en las grandes disputas sobre la salvación (con obras o sin ellas) y los medios necesarios para asegurársela. De esta forma, durante estos dos siglos decayó en un juridicismo moralizante que pretendía aclarar dónde había pecado y hasta dónde se podía actuar sin pecar para asegurarse la entrada en un cielo que terminó correspondiendo a otro mundo feliz y eterno frente a éste, fugaz y frágil, lleno de problemas y engaños.

Lo que había comenzado por una preocupación real de sentido en torno a las grandes cuestiones de la vida de los seres humanos se convertía en obsesión única que olvidaba las condiciones normales de la historia en que se desenvuelve nuestra vida.

Un ejemplo elocuente de esta actitud lo ofrece nuestro paisano Miguel de Molinos (1626-1696) famoso en todas las cortes europeas y condenado por sus excesos de espiritualidad quietista y descomprometida que tanta influencia tuvo en su tiempo ⁽⁵⁾.

(2) Cfr. M. WEBER, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Península, Barcelona 1991.

(3) Cfr. J. DELIMEAU, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid 1989.

(4) AA.VV. *Praxis cristiana*. Fundamentación Paulinas, Madrid 1980, pág. 90.

(5) M. DE MOLINOS, *Guía espiritual, 1675*. Ed. Júcar 1974.

Si la teología no comprende los problemas económicos que el floreciente comercio va presentando en aquellos siglos y se limita a repetir la condena del préstamo con interés.

Si se cierra a los nuevos descubrimientos científicos amparándose en la autoridad de la Biblia y del Magisterio con una interpretación literal que niega cualquier avance.

Si, a pesar de su gran tradición filosófica y racionalista, no acepta el uso autónomo de la razón.

Y si teniendo una gran influencia social y política no la ejerce para convencer a la nobleza de la necesidad de introducir cambios en las estructuras sociales que permitan una mayor participación, responsabilidad e iniciativa de la burguesía con menos trabas burocráticas, fiscales y políticas.

Todo eso va a provocar, entonces, que intelectuales, científicos y burgueses reclamen un mundo nuevo, una sociedad nueva, con una organización también nueva y una nueva identidad para el individuo con una sola justificación: la libertad.

Libertad frente a una religión presente en todas las esferas de la vida pretendiendo regularlas con su moral.

Libertad frente a las estructuras políticas del antiguo régimen que consagraban las diferencias de origen y habían terminado por convertirse en instrumentos al servicio de los intereses monárquicos.

Libertad frente a todos los obstáculos que, en forma de impuestos, permisos, privilegios reales, monopolios estatales, concesiones, etc., impedían el ejercicio del libre comercio a una burguesía con cuatro siglos de tradición y grandes experiencias económicas.

Era lógica la exigencia de libertad frente a un régimen antiguo lleno de impedimentos y dificultades para el ejercicio de las libertades comerciales que reclama el habitante de los burgos⁽⁶⁾.

Pero libertad sin responsabilidad es imposible en cualquier convivencia social y a esto trataron de responder los primeros teóricos del liberalismo, aunque no pudieron evitar el entusiasmo, del que ellos mismos estaban contagiados, ante tres grandes principios: libertad del individuo para defender sus propios intereses: libertad, individualismo, interés.

(6) Cfr. J.K. GALBRAITH, *Historia de la economía*. Ariel, Barcelona.

Aunque hoy pueda parecer paradójico, no tiene nada de extraño, que en los albores de lo que hoy conocemos como Modernidad, fuera un profesor de Etica, Adam Smith, quien escribiera la gran obra que sirve de punto de partida a lo que hoy conocemos como liberalismo económico.

Antes de escribir "La riqueza de las naciones" publicada en 1776, ya había publicado otra obra "La teoría de los sentimientos morales" en 1759 que nos indica cómo el estudio de la economía se consideraba entonces no sólo ligado a la ética sino, carente aún de autonomía propia, una parte de ella.

Por mucho que algunos autores insistan en atribuir a A. Smith una visión egoísta de las relaciones humanas, él siempre estuvo motivado por la búsqueda realista de criterios que, inducidos en la cultura social e integrados en los mecanismos de las relaciones económicas y comerciales, provocaran una elevación moral y eficaz de los problemas que agobiaban a las gentes de su tiempo.

El párrafo tantas veces esgrimido en contra de esta interpretación: "No esperamos comer gracias a la benevolencia del carnicero, del cervecero, o del panadero sino a la consideración de su propio interés. No nos dirigimos a su humanidad sino a su egoísmo, y nunca les hablamos de nuestras necesidades sino de su provecho ⁽⁷⁾ pretende describir de modo plástico la realidad de las transacciones comerciales en el mercado y cómo funciona la división del trabajo, pues ese es el tema que desarrolla en el texto de donde está tomado este pasaje.

Ni el sentido ético le hacía perder el sentido realista de lo que ocurría a su alrededor, ni el sentido económico lo entendía al margen de las preocupaciones éticas.

El, como todos los primeros pensadores de la economía moderna. David Ricardo, Thomas Malthus, J. Stuar Mill, Jeremy Bentham ⁽⁸⁾, tuvieron una gran formación humanista junto a una preocupación ética que unieron a una sólida reflexión sobre los fenómenos económicos de su tiempo.

Ellos elaboraron la justificación teórica de un movimiento económico que hundía sus raíces en el valor fundamental de la libertad y el hecho irrenunciable del mercado junto a la visión burguesa de un nuevo orden social y un sentido optimista de los sentimientos humanos que, dejados libres en la interrelación de las estructuras e instituciones daría origen a una sociedad buena, al buscar cada uno su propio interés.

(7) A. SMITH, *La riqueza de las naciones*, 1776, págs. 26-27.

(8) J. BENTHAM, *Principios y normas morales de legislación*, 1823.

Los resultados fueron socialmente distintos: concentración masificada de obreros, condiciones sociales y laborales inhumanas, prohibición de asociación para los trabajadores, salarios insuficientes, es decir, caldo de revolución.

En nombre de los intereses de la burguesía se planteó la necesidad de una revolución que transformara las estructuras de la sociedad y las organizara de acuerdo a los intereses del nuevo grupo dirigente.

Sin entrar a analizar cómo lo realizaron, sí que me importa subrayar la dinámica que se inició en este momento fundacional de la etapa histórica que llega hasta nuestros días.

El interés individual o de grupo se convierte en elemento justificador y legitimador de la participación política para defenderlo utilizando la presión y hasta la violencia.

La burguesía enfrentada a la nobleza y a la monarquía no dudó en hacer uso de ella, pero una vez en el poder pretendió que el pueblo, convertido ahora en obrero como consecuencia de la industrialización, no participara de los beneficios que el nuevo clima económico aportaba.

Consecuente con los mismos principios que la burguesía había establecido, el mundo obrero va tomando conciencia de no formar parte de la antigua nobleza ante la que era siervo, ni de la nueva clase dirigente dominadora del poder político, conocedora de las rutas y mecanismos comerciales desde la Edad Media y poseedora de las nuevas estructuras industriales de producción, y va a ir preparando su propia revolución para formar una sociedad nueva que responda a sus intereses utilizando para ello la presión y la violencia.

Desde la experiencia que les dan las teorías de D. Ricardo con la ley de hierro de los salarios, el concepto de plusvalía, la abolición de las leyes de pobres del siglo XVII, el control demográfico propuesto por Th. Maltus para reducir el número de pobres, o el darwinismo social de H. Spencer, el mundo obrero entiende que sus intereses se enfrentan a los intereses de la burguesía y, por lo tanto, sólo pueden esperar una mejoría en sus condiciones de vida enfrentándose a ella ⁽⁹⁾.

El socialismo marxista, recogiendo la preocupación ética de los socialismos anteriores, nació como un sistema global que lo convertía en un movimiento filosófico, político, económico y moral. Su horizonte contemplaba

(9) Cfr. J.K. GALBRAITH, o.c., págs. 31-57.

no una revolución más sino la revolución definitiva que pusiera todo bajo el control de la clase proletaria utilizando como método la lucha de clases, traducción radical y violenta del principio del propio interés que el despotismo patronal había separado de la preocupación ética.

La dialéctica marxista ofreció la base teórica del análisis y lucha social.

La antigua dinámica del bien común formaba parte de un sistema teológico que se apoyaba en la afirmación cristiana de que todo debe estar al servicio del ser humano y todos y cada uno deben contribuir desde su función propia a promoverlo aportando cada uno lo que específicamente le corresponde.

No se trataba de ir cada uno por su lado sino de hacer posible una sociedad solidaria basada en la corresponsabilidad y la integración de todos con un fin común.

Pero abandonada la base teológica se abandona también la formulación terminológica correspondiente.

La expresión bien común vio reducido su uso a los ámbitos teológicos y a los sociales que los seguían teniendo como referencia (movimientos religiosos, grupos confesionales)⁽¹⁰⁾.

Durante este último siglo la expresión bien común se ha visto reducida a los documentos de la D.S.I. y a los estudios de teología.

En los ámbitos de la Economía y la Política se ha asentado el sentido de interés referido a un grupo o al país en el sentido de que son los intereses nacionales los que han marcado el eje principal en torno al que giraba la política y especialmente la política exterior, estableciendo lazos y relaciones con cualquier otra sociedad al margen de los criterios ideológicos y programáticos en que el partido en el poder se asentara.

El interés o los intereses nacionales no siempre se han entendido para todos y las estadísticas de renta nacional son más el resultado de la operación matemática que de la real distribución entre sus miembros.

Desplazada la Teología se asienta el materialismo.

Ignorado el bien común se habla del interés, pero los intereses de unos y otros se entienden, ya lo hemos visto, como contrapuestos.

(10) Cfr. J. COMBY, *Para leer la historia de la Iglesia*. Verbo Divino, Estella 1985, págs. 75-91.

La dinámica, pues, del enfrentamiento se abre paso y se instala en la nueva cultura impregnando todas las relaciones sociales, políticas, económicas y laborales.

El enfrentamiento es la clave para entender toda la ideología de derechas o de izquierdas, la política de bloques Este-Oeste, la política nacional entre liberales o socialistas, las luchas sociales conducidas por un sindicalismo de clase siempre enfrentada a la patronal, y el mundo de la empresa entre un patrono propietario y unos obreros con intereses opuestos.

Hasta la sociedad se entiende dividida en clases con medios, formas y culturas distintas, con lo cual el Estado también reflejará la diferencia según sea Socialista o Burgués-liberal.

Esta es la cultura que, nacida con las revoluciones del XVIII y XIX, ha formado el clima del siglo XX con sus grandes crisis económicas como en los años treinta y setenta o sus masivas tragedias como en las dos guerras mundiales u otras muchas, regionales, elegidas como escenarios limitados del enfrentamiento global⁽¹¹⁾.

Dentro de esta cultura se han desarrollado los grandes movimientos obreros con sus conquistas sociales y salariales, contrarios en su comprensión a los gremios medievales y a los sindicatos verticales.

Dentro de esta cultura se han formado y desarrollado las organizaciones empresariales con sus estrategias y sus formas de presión.

Pero, de repente, el esquema bipolar entra en crisis y la referencia que significaba el bloque del Este se acaba. Los partidos comunistas dejan de serlo y los socialistas asumen una concepción liberal del Estado.

Las economías nacionales se transforman en economías abiertas y entran en una dinámica feroz de competencia y productividad que, en algunos casos como el de Europa, conducen a planteamientos y estrategias comunes para colocarse adecuadamente ante una economía a escala mundial enormemente competitiva.

Una palabra que estos días tiene mucha actualidad define la nueva situación: CONVERGENCIA.

¿Qué encierra esta palabra en estos momentos?

(11) Cfr. A. VIÑAS, *Armas y economía*. Fontamara, Barcelona 1984.

Podríamos entender con ella un cambio cualitativo en la concepción de la economía.

Rota la bipolaridad, se viene abajo el esquema materialista, propio del marxismo, interpretándolo todo desde el enfrentamiento.

Ya no se trataría de unos contra otros por la defensa de los propios intereses ideológicos, económicos o de clase.

Estamos todos en la misma barca sometidos a un proceso mundial de mercados regionales compitiendo entre sí. Es preciso, pues, tomar medidas para hacer frente a los nuevos retos que se resumen en tres: competitividad, productividad y calidad (Los dos últimos como formas del primero).

Pero los nuevos retos y las nuevas situaciones exigen cambios y éstos no se dan si no hay o unos intereses que los justifiquen o un convencimiento que los impulse.

En los comienzos de este cambio no es de extrañar que en nuestras sociedades convivan mentalidades, actitudes y hasta estructuras que reflejan la variedad de las concepciones que todavía perviven.

Se escuchan, con relativa frecuencia, expresiones del estilo de D. Ricardo y su famosa "ley de hierro" ahora aplicadas, según unos, a los salarios, según otros a los beneficios empresariales, y que, en definitiva, reflejan la pervivencia de actitudes de enfrentamiento.

Si la economía de sociedades abiertas desplaza el fenómeno de las tensiones al terreno de la competitividad internacional, esto exige entender a toda la sociedad y a todos sus componentes como sujetos responsables de la economía con sus correspondientes estructuras, objetivos y métodos.

¿Cómo realizarlo?

Si la palabra convergencia hace referencia únicamente a los aspectos macro-económicos de los países que quieren unirse para complementar sus economías, estaremos en un nivel de política monetaria fundamentalmente, que si no es bien explicada a todos los ciudadanos no conseguirá su adhesión, mucho menos si esa convergencia exige un gran sacrificio que se traduce en reducciones salariales y pérdida de puestos de trabajo.

Si la palabra convergencia hace referencia a confluencia de intereses de todos los ciudadanos es posible que aglutine más adhesiones pero no superará el materialismo inicial del mundo moderno y difícilmente será capaz de despertar

satisfacción en quienes no participan inmediatamente de las ventajas. El espíritu de sacrificio y superación no brota precisamente de un sistema materialista que desemboca en el consumo del que priva a muchos de sus miembros.

Esta concepción de la convergencia dentro de la perspectiva materialista y liberal es la que más rasgos tiene de abrirse paso debido al entusiasmo despertado por la caída del sistema marxista y porque seguimos todavía en la línea de la modernidad de A. Smith, reforzada por el sentido postmoderno que huye de los grandes planteamientos teóricos y utópicos para encerrarse en un presente que busca el disfrute inmediato de la vida y escapa del peso abrumador de un futuro sin utopías.

Es cierto que la sensibilidad ética en relación a la economía está despertando debido a las incógnitas del futuro.

También en los comienzos del liberalismo apareció esta sensibilidad nada menos que por medio de su padre fundador, como hemos visto.

El trató de unir la libertad del mercado y el interés del individuo con un sentido de la responsabilidad que no introdujera elementos distorsionantes en las relaciones económicas y condujera a la asimilación de un egoísmo civilizado dispuesto a conectar con los egoísmos interesados de los demás con quienes, necesariamente, tendría que establecer acuerdos.

Como entonces, también aparecen nuevos intentos de establecer una base ética que capacite a la economía para afrontar sus nuevos horizontes.

Ejemplos: John Rawls con su obra: "Teoría de la justicia". Fondo de Cultura 1978 y Amartya Senn: "Sobre ética y economía". Alianza 1989.

Sumidos en el pluralismo moderno, no pretenden establecer un punto de partida metafísico ni teológico, sino práctico, funcional y consensuado: Un sentido político de la justicia, un sentido caballeroso del egoísmo o una visión economicista de la ética. No son suficiente plataforma para fundar un sistema que responda a las necesidades actuales, aunque sí expresan la inquietud ética inicial de estos momentos.

Al liberalismo clásico se le acabó pronto la sensibilidad ética y se desbordó hacia un capitalismo feroz, origen de las crisis económicas y bélicas de nuestro siglo XX.

La falta de sensibilidad ética dio origen al nacimiento del marxismo, principal protagonista del siglo XX y nacido desde la inquietud moral como gran alternativa a las injusticias del liberalismo⁽¹²⁾.

(12) Cfr. J.L.L. ARANGUREN, *El marxismo como moral*. Alianza 1968.

A su vez, la falta de un sistema teórico y de una concepción global y unitaria del mundo, condujo a la negación de la relación entre la ética y la economía que Lyonel Robins se encargó de proclamar en 1935 en su obra: "Investigación sobre la naturaleza y significado de la ciencia económica", seguido por Milton Friedmann y el recientemente fallecido F.A. von Hayek. Negación que se ha hecho mayoritaria en nuestra cultura, como señalaba al comienzo de este artículo.

Para Milton Friedmann⁽¹³⁾ el problema fundamental de la organización social es la coordinación de las actividades económicas de una multitud de personas individuales y sólo puede realizarse o desde una dirección económica centralizada (experiencia marxista o estado totalitario) o desde la participación libre de los ciudadanos (economía de mercado).

Del mercado procede un tipo de orden social no intencional ni referido a unos principios. Es un orden social de iniciativas individuales acumuladas durante siglos que poco a poco ha dado origen a unas reglas de conducta, no necesariamente conocidas pero sí practicadas, y que proceden del sentido evolutivo que, a base de seleccionar, han cristalizado en estas costumbres y pautas que la sociedad ha considerado oportuno asumir.

Estas tienen una serie de referencias implícitas: evolución y selección, lo cual comporta otra serie de connotaciones como competencia, adaptación, productividad, visión biologicista, necesidades materiales.

El sistema de mercado no pretende entrar, dice Frederic von Hayek, en disquisiciones teóricas sobre la verdad de las cosas y el mundo de los valores, eso corresponde a los individuos y grupos sociales. El concepto de verdad es sustituido por los de funcionalidad y utilidad, de manera que lo que cuenta son los resultados obtenidos respetando las reglas del mercado. Así la forma concreta del sistema económico, que para A. Smith era un hecho real con el que había que contar, se eleva ahora a valor absoluto del que va a depender el mundo de los valores necesarios y útiles, funcionales al sistema.

En el sistema, pero sin integrarse en él, pueden darse convicciones y preocupaciones éticas que, en la medida que no interfieran, pertenecen al ámbito de la conciencia privada y a las que cada individuo es libre de adherirse o no. Pero el sistema tiene sus propias reglas y en ellas, las preocupaciones éticas, sólo pueden provocar un efecto distorsionante.

(13) M. FRIEDMANN, *La libertad de elegir*. Orbis, Barcelona 1968.

La ética, pues, como ya había expresado Lionel Robbins, no tiene nada que ver con la economía. Esta es la opinión generalizada de nuestros contemporáneos. Todo intento de reconciliarlas significa introducir en la economía elementos ajenos que distorsionan su dinámica y modifican sus objetivos.

La economía tiene sus propias reglas y marca sus objetivos específicos, relacionarla con la ética significaría perder su propio estatuto científico que le confiere autonomía e independencia sería volver a caer, de nuevo, en manos del oscuro mundo de los sentimientos y del todavía más oscuro mundo de la religión y asumir planteamientos ajenos al ámbito de las necesidades materiales que difícilmente podrían ser expresados en el lenguaje propio de la economía y cuantificables en formulación matemática.

Si es muy cuestionable volver a los planteamientos iniciales del liberalismo, es igualmente cuestionable intentar una solución de tipo confesional y de nivel sectorial.

La Iglesia que reaccionó a su aislamiento frente a la problemática social con los documentos de la D.S.I., lo hizo durante la primera mitad del siglo XX desde posiciones confesionales que provocaron la desconfianza de las fuerzas políticas y sociales temerosas de que pretendiera un nuevo clericalismo regulador y dirigente, una tercera vía, lo cual era cierto.

Fue a partir del Vaticano II cuando, reconociendo la autonomía del mundo y de cada uno de los sectores que lo constituyen, comienza una nueva etapa en la que desde la propia experiencia de fe, es decir, desde su propia perspectiva teológica, propone un nuevo criterio de organización del mundo y sus estructuras.

Ya no se proponen unas reglas con las que ordenar todo, lo cual iba contra la sensibilidad autónoma y plural de las distintas sociedades y sectores.

Ahora se propone una nueva meta que responde a un criterio teológico pero que puede ser aceptado también por los no creyentes.

Humanizar el mundo, es decir, construir un mundo nuevo en el que todo esté al servicio de todos y cada uno de los seres humanos de manera que las estructuras sociales, económicas y políticas se pongan al servicio de las necesidades humanas en todas sus dimensiones.

Pablo VI en la *Populorum Progressio* aplicará este criterio a pensar el carácter integral del desarrollo, dirigido no sólo a los miembros de unas

sociedades sino de todas, y no sólo en términos materiales y consumistas sino también culturales, espirituales y afectivos.

Juan Pablo II en la *Laborem Exercens* lo aplicará al trabajo resaltando su carácter humanizante y su superioridad sobre el capital, de forma que el sistema de producción debería preocuparse de la creación de puestos de trabajo y de mejorar las condiciones en que se realiza para que el obrero no sólo gane para vivir con dignidad sino que no se sienta una parte más de la máquina.

En la *Sollicitudo rei socialis* insiste en la participación del obrero en la gestión de la economía y de la empresa para que pueda realizar su responsabilidad tanto en los momentos boyantes como en los difíciles.

Y en la *Centessimus Annus* propondrá una concepción comunitaria y globalmente humana de la empresa como comunidad de personas que, realizando funciones distintas y aportando cada uno lo que le es propio: capital, gestión, producción, etc., están integrados en unos objetivos comunes que será tanto más fácil conseguir cuanto más se sientan participando de una tarea, de un servicio, de un ambiente y de unos resultados que son logros o fracasos comunes (C.A. 35).

Al cuestionar el planteamiento confesional no se trata de marginar a la religión sino de ofrecer desde ella un objetivo aceptable para todos y que realmente responda a lo que el mundo necesita: su humanización.

Igualmente cuestionable es el planteamiento sectorial de la ética que responde a un concepto equivocado de ella.

No hay una ética de los negocios, o de la economía, o de la empresa como conjunto de reglas con las que regirse para que funcionen bien.

Como tampoco hay una ética de la familia como conjunto de reglas que garanticen una familia ideal.

Hay una realidad global que nos incumbe a todos y que en su conjunto constituye lo que llamamos vida.

La vida es de todos, para todos y responsabilidad de todos.

Y los problemas que la vida nos presenta son los que debemos considerar como problemas éticos.

Hay una vida para todos, de la que todos participamos y que cada uno vive en su realidad personal.

Lo mismo hay una ética para todos de la que todos participamos y que cada uno vive en su realidad personal y con sus referencias, criterios y motivaciones personales.

Hay que recordarlo para los cristianos que durante los siglos XVIII y XIX lo habíamos olvidado con una ética para ir al cielo, que no hay ética al margen de la vida y de los problemas propios de la vida, pues el objetivo de la ética humana es vivir y mejorar las condiciones de la vida.

Hay que repetir, para muchos de nuestros contemporáneos que, como Lyonel Robins, pretenden establecer reglas separadas para cada sector de la vida como la ciencia o la política o la economía, que no hay vida al margen de la ética.

Hay, pues, una ética de la vida cuyos criterios, objetivos y motivaciones se aplican a cada sector concreto de los muchos que constituyen nuestra vida social, económica, política, familiar o personal.

En este sentido hay una ética aplicada a la economía, a la política o a la familia. Es la misma pero teniendo en cuenta los aspectos concretos que pueda tener cada sector.

Hablar de una ética específica de la economía o de los negocios o de la productividad tal como suele hablarse hoy desde la perspectiva materialista liberal es reconocer que la economía o la empresa es responsabilidad de los dirigentes o propietarios solamente y que la ética es un instrumento en sus manos para dominar, motivar y producir más con menos problemas⁽¹⁴⁾.

Es un nuevo intento de instrumentalizar la ética como sistema de disciplina, agotados los sistemas tradicionales de control o de incentivación económica y profesional, para conseguir una mayor motivación sin contraprestaciones, es decir, una mayor docilidad y sumisión.

¿Qué consecuencias tiene, pues, la consideración de la ética como responsabilidad común de todos y para todos?

(Voy a enumerar algunas sin pretensión de enumerarlas todas, lo hago como ejemplos que no agotan los casos sino que están abiertos muchos más).

Una aclaración primera: La ética no elimina el sentido profesional técnico sino que lo potencia.

(14) T.J. TULEJA, *Más allá de la cuenta de resultados*. Plaza y Janés, Barcelona 1987.

Es decir: Un economista, un empresario o un obrero no porque sean éticamente responsables van a compensar sus carencias técnicas y profesionales.

Por el contrario, el sentido ético lo primero que plantea es la responsabilidad que tenemos todos de formarnos técnica y profesionalmente bien en aquello que somos o desempeñamos, para conocer los mecanismos en que se desenvuelve nuestra actividad profesional y realizarlos técnicamente bien ⁽¹⁵⁾.

Pero no sólo técnicamente.

Como afirma Amartya Sen, “la naturaleza de la economía se ha visto empobrecida sustancialmente por el distanciamiento que existe entre ética y economía” ⁽¹⁶⁾. Y es difícil no darse cuenta del abandono del análisis normativo profundo y de la ignorancia de la influencia que las consideraciones éticas tienen en la caracterización del comportamiento humano real.

Lo cual no debe dar pie para pensar que deba abandonarse el enfoque técnico de la economía o que este enfoque haya sido poco fructífero. Al contrario, ha sido muy fructífero.

En estos momentos de saturación técnica, cuando la situación económica mundial reclama un mayor grado de implicación, la economía puede hacerse más productiva, eficaz y humana “prestando una atención mayor y más explícita a las consideraciones éticas que conforman el comportamiento y el juicio humano. No intento desechar lo que se ha logrado sino, claramente, pedir más” ⁽¹⁷⁾, porque en el fondo estamos los seres humanos, todos, y todos necesitamos de logros cuantitativos pero también cualitativos. A todos nos gusta un mayor nivel de vida pero también una mejor calidad de vida, social, económica y laboral.

Y eso, precisamente, indica la dificultad de considerar sólo en términos técnicos aspectos humanos que superan el ámbito de lo puramente técnico.

Esta ha sido la perspectiva que hasta ahora ha predominado y sigue estando presente en las inquietudes de los dirigentes políticos, económicos y educativos.

La ausencia en los planes de educación profesional de la perspectiva ética lleva implícito el mensaje de que lo que realmente cuenta es conseguir un

(15) P. de LAUBIER, *L'éthique de l'entreprise*. Rev. Th 88 (1988) 115-123.

(16) AMARTYA SEN, *Sobre ética y economía*. Alianza, 1989, pág. 25.

(17) AMARTYA SEN, o.c., pág. 28.

personal capaz de alcanzar unos resultados sin plantearse los medios utilizados ni la vida de ese personal.

Deme resultados y no me cuente Vd. su vida.

A una concepción autónoma de la economía desvinculada del sentido ético y encerrada en el aspecto técnico o profesional como clave única de gestión le corresponde un empresario o un obrero centrados en lo técnico y dedicados a sus funciones de gestión, producción o distribución.

Su preocupación única es la empresa como negocio o su trabajo como medio para un salario que le permita vivir. Ni a uno le afecta la creación de puestos de trabajo, aunque socialmente lo diga para obtener más privilegios. Ni al otro le motiva la marcha de la empresa con tal de no perder su puesto. Su obligación mutua es cumplir con lo legalmente establecido y basta.

La concepción de la empresa como negocio, únicamente, lleva a querer vender por los medios que sea, sin calidad incluso.

Entenderla como servicio lleva a ofrecer, sin fraude, la calidad que el cliente requiere. A la larga, además, es garantía de demanda. Los españoles nos estamos dando cuenta bastante tarde.

No se pide, pues, abandonar los aspectos técnicos; la ética pide más.

Requiere cambiar nuestras concepciones respecto a muchas cosas.

Decir que el sector económico con todos sus aspectos debe estar al servicio del ser humano contando con él afecta a:

- La relación de la clase política con la economía. Caído el comunismo, no podemos pensar en un Estado indiferente a los problemas socio-económicos en nombre de una libertad absoluta de la iniciativa privada.

La experiencia histórica nos dice que la iniciativa privada, de tanta importancia para el progreso, no puede relacionarse con la libertad y la propiedad sin una estrecha relación con la justicia, no sólo como concepto ético sino como realidad presente en las estructuras jurídicas y políticas del Estado.

El político francés Pierre Mauroy reconocía hace poco que la clase política, libre de las referencias de bloque, debe poner el acento en el hombre como centro de la política y entenderla como medio de humanización.

- La consideración y relación con los recursos naturales de los que depende, cada día más, nuestra vida.

La naturaleza no es sólo un medio para explotar, es también el ambiente en el que el hombre realiza su vida y se encuentra a sí mismo manteniendo una relación con sus raíces que el ambiente deteriorado distorsiona.

- La concepción de la empresa como una comunidad de personas que aúnan sus esfuerzos y funciones para la satisfacción de sus necesidades mediante la oferta de un producto o servicio a la sociedad del que obtienen un beneficio. Esto trastoca por completo las relaciones dentro de ella, porque exige la preocupación de unos por otros (C.A. 39).

No atender a la necesidad que el obrero tiene de estabilidad en su empleo contradice cualquier preocupación que se exprese hacia él y significa un desinterés mutuo del obrero con la empresa que no le motiva a integrarse y preocuparse por ella, significa también en muchos casos una pérdida de tiempo y de energías hasta que los nuevos obreros contratados se adecúan al ritmo, un aumento de los costes y un descenso en la productividad hasta que los nuevos miembros, que cada seis meses o un año, se incorporan, alcanzan el nivel productivo adecuado.

Y aparecen en la vida de la empresa muchos momentos de crisis o de aumento de demanda que exigen una alteración de los ritmos y tiempos de producción. Pretender acudir a motivaciones materiales e incentivos económicos no siempre es posible.

(Ejs. significativos: trabajos en fiestas, cambios de vacaciones, horas extraordinarias en caso concretos y puntuales, etc.).

Si las relaciones empresa-obreros han alimentado un sentido de unión, de integración y de satisfacción, profesional, económica y humana, es decir, si hay un buen nivel de convergencia e interés mutuo, se abren mucho más las posibilidades de colaboración y la capacidad de sacrificio.

Con la integración se despierta también el interés formativo, de forma que el obrero se abre más a asimilar los nuevos métodos que la renovación tecnológica le están exigiendo continuamente.

Este interés mutuo lleva a un tipo de comunicación e información más directa y personalizada, haciéndole partícipe de las orientaciones que la empresa puede decidir y los cambios que se necesiten hacer.

Un cambio así desmonta las viejas mentalidades del enfrentamiento y fuerza un cambio en la concepción del sindicalismo que ya está experimentando

muchos cambios y al que se le exige una adecuación a las nuevas realidades, pero no siempre con ofertas reales positivas⁽¹⁸⁾.

- Una referencia aparte y prolongada necesitaría hacer a la función socio-económica del consumidor. La influencia y, por tanto, la responsabilidad que como consumidores tenemos todos es enorme (Cabe la posibilidad de recordar la influencia y el poder que tiene en el sistema Keynesiano la demanda agregada).

Está pendiente aún en nuestra sociedad la elaboración y la divulgación de una sensibilidad social y ética del consumo. A través de ella los ciudadanos podríamos cambiar muchas cosas.

Como expresa el Papa en la encíclica C.A. 43, “promover el desarrollo integral de la persona humana... no contradice sino que favorece la mayor productividad y eficacia del trabajo, pero puede encontrar muchas dificultades porque puede debilitar centros de poder ya consolidados”.

Y en efecto, estamos asistiendo a un proceso de cambios que encuentra aceptación teórica, en términos generales, pero mucha resistencia en los aspectos concretos que afectan a cada cual.

Se tiende a hablar de ética económica y ética de los negocios, esperemos que su planteamiento sea global y no una cuestión restringida a determinados aspectos.

La necesidad que la nueva situación mundial despierta, ofrece muchas posibilidades si se aborda con un espíritu nuevo. Se pueden cerrar viejas dinámicas que han absorbido muchas energías e introducido mucha desconfianza. Superarlas lleva un tiempo y es un proceso lento en el que todos estamos afectados e involucrados.

Pero, atención: porque trastoca concepciones muy arraigadas, porque afecta a estructuras de poder y decisión, porque cambia hábitos adquiridos en épocas distintas y ya no actuales, porque nos obliga a todos, ya hay intentos de utilizarla para desunir, debilitar y enfrentar al mundo obrero.

Utilizada así sería una forma de querer volver a los tiempos del capitalismo feroz.

(18) F. ALONSO SOTO, *La crisis del sindicalismo clásico*, en *Razón y Fe* 225 (1952) 489-509.

Si la historia reciente de la humanidad es una experiencia aprendida y si los seres humanos ponemos en marcha la razón junto con los sentimientos de solidaridad y justicia, entonces sí que estaremos sentando las bases de un mundo y una economía más éticos, que es lo mismo que decir más humanos.

José Alegre Aragüés